

CLIO

REVISTA BIMESTRE DE LA ACADEMIA DOMINICANA
DE LA HISTORIA

Acogida a la franquicia postal



FASCICULO IV.

JULIO I AGOSTO

AÑO 1935.

LOOR A DUARTE

Disertación del Lic. C. Larrazábal Blanco, radioemitida -en la
primanoche del 15 de Julio- por la radioemisora Broadcasting
Caracas de Venezuela

El día 15 de Julio de 1876, murió en Caracas, Juan Pablo Duarte, Fundador de la República Dominicana, y con motivo de este luctuoso aniversario es que, debido a la gentileza del Sr. Edgard Anzola, de la Broadcasting Caracas, me permito echar a volar por los cuatro vientos de Venezuela la Heroica mi humilde voz para contribuir a que sus nobles hijos conozcan, aunque sucintamente, la figura conspicua, egregia y siempre ecuánime del más Ilustre Prócer de la patria dominicana.

Juan Pablo Duarte, entre la pléyade de libertadores de pueblos y fundadores de nacionalidades, esplende y fulje con luz propia. Por aspectos psicológicos tiene de Miranda, de San Martín, de Martí. No fue un andariego ilustrado y conciente como fuera el Precursor. No fue un militar de la talla opónima del segundo. No tuvo la brillantez y pulimento mental del egregio cubano. Pero como los tres tuvo la sinceridad de sus ideales patrios, la firme convicción de sus concepciones republicanas y separatistas, la hombría de darse todo entero en aras de lo que creía bueno y santo para su Patria.

Nació Duarte para el sacrificio. Nació Duarte para el martirio. Pero su martirio no habría de ser de sangre como el de su hermano Martí. Su martirio mas bien se parece al de sus hermanos Miranda y San Martín. ¡Terrible destino el de esos hombres que se quedan vivos por un tiempo para ver cómo las gotas caen lentamente y cavan la piedra. . . . !

"Aventura y Tragedia de Juan Pablo Duarte" titulara yo también una obra a la manera de Nucete Sardi. La vida de Duarte, en efecto, no es sino una tragedia. Tragedia interior, que se afina hasta en lo subconciente. La tragedia de todos los fracasados, de todos los derrotados de la vida. de todos los incomprensidos, de todos los

que aran en el mar y predicán por los desiertos del mundo. Pero esas tragedias no hay que estudiarlas y comprenderlas, al pie de la letra, en las actuaciones de la vida, en el mundo exterior, en el escenario de las sociedades. Son tragedias psicológicas. Duarte, debiendo ser el primero, fué el último, o mejor, no tuvo lugar; habiendo amado mucho, cayó en desamor y hasta en misoginia; fue maestro y quiso convertirse en pupilo; fue Padre y se le arrancó la criatura.

Duarte anduvo de muchacho por Europa. Se educó en España. Regresó a su país y llevó ideas extrañas en la cabeza y sentimientos nobles en su corazón. Un lema: "Dios, Patria y Libertad"; y una enseña: una cruz blanca que divide cuatro cuarteles en rojo y azul alternados, que viera, quizás, en un regimiento de París, fueron cosas que aclimató en su espíritu. Comenzó su labor revolucionaria en el seno de la juventud, sin distingos de razas ni de clases sociales. Fundó una sociedad llamada "La Trinitaria", en el año 1838. Esta sociedad fue secreta y bien organizada, tanto que las dudas que se han suscitado con respecto al número de miembros y a sus nombres la veo como una prueba de la eficaz organización. La idea de libertad, en verdad de verdad, no hay que prohibirla solamente a Duarte, pues sería rotunda injusticia. La idea de libertad venía, natural y espontánea, del mismo pueblo. El pueblo dominicano estaba bajo la tiranía haitiana, y por motivos raciales y de idioma, claro está el suponer que el dominicano no podía sentirse feliz. Núñez de Cáceres, en el año 1821, había exterminado el poder de España, había proclamado que Santo Domingo formaba parte de la Gran Colombia, pero los haitianos, parece que ya sobre aviso, lo invadieron.



Un gran mérito de Duarte consiste en haber hecho, el primero, cosa práctica y viva los ideales dispersos, esporádicos y a las veces amodorrados, de libertad, y los ideales de república libre, absolutamente libre y soberana, sin protectorados, sin anexiones, sin convenciones, y es por eso por lo que entre todos los ilustres próceres de la independencia dominicana, entre todos los fundadores, fué el más Ilustre Prócer, el Fundador, el Padre de la Patria.

Todos pensaban en liberarse de los haitianos, pero solo él enseñó cómo esa patria había de ser libre y para qué debía serlo. Enseñó la libertad absoluta, la soberanía absoluta. Todos pensaban en libertarse, sí, es muy cierto. Pero todos no tenían igual fe en la república, y unos pensaban que una vez libre del yugo haitiano podían pedir el protectorado francés, mientras otros pensaban en el protectorado español. Había pues "afrancesados" y españolizantes. No quiero tildarlos ahora de antipatriotas, sino mas bien quiero verlos, lo que realmente puede ser, por muchas circunstancias, como practicando una forma normal de patriotismo, de dominicanismo, aunque en verdad tocado de flaquezas.

El 27 de Febrero de 1844, con la toma del fuerte de San Genaro; o Fuerte del Conde, se inaugura la República Dominicana. Los ideales de Duarte querían germinar. Las enseñanzas de Duarte parece que prendían. Maestro, Padre, Creador, Inventor, Duarte parece haber triunfado. Pero, primer contratiempo de su espíritu: no estuvo presente ese memorable día. Había tenido que dejar el país por la persecución del gobierno haitiano. Y él hubiera querido estar allí, al lado de sus discípulos que ponían en practica sus prédicas y enseñanzas.

Luego, una serie de acontecimientos pasan rápidos como ante una pantalla: Se forma una junta de gobierno, se va en apoteosis a buscarlo a Curazao. Regresa, actúa, hay que pelear con los haitianos e irse a morir en las fronteras y se alista en el ejército patriota. La Junta hace una tontería nombrándolo al lado de Santana, que se le ha improvisado general, para ser su asesor, o su segundo, o lo que fuere, situación que nunca debió aceptar Duarte. La medida no es militar. Santana, que ya lo es, como es natural dentro de los conceptos de su profesión, toma esto a mal y se deshace del Fundador. Y aquí otro dolor, para luego seguir otro y otros más.

Ya las tendencias se perfilan: la juventud al lado de Duarte, los afrancesados y descreídos de otra parte. El Cibao lo proclama Presidente de la República. Sufre entonces el espanto de acontecimientos y de luchas interiores que jamás soñara, pero no acepta proclamaciones por pronunciamientos. Santana, jefe del ejército, con la

aureola de triunfos que pudieron ser más brillantes, se ha apoderado de la Junta Gubernativa, y al correr de los días es el primer presidente de la República, y Bobadilla, otro descreído, es el organizador del nuevo Estado. Duarte, en cambio, declarado traidor, hundido, en el exilio. Pero parece que por sus ideales puros una fuerza extraña, el destino, el azar, velaban, porque a pesar de las gestiones que se hicieron la República se mantuvo, en sus primeros tiempos, incólume. Solo años más tarde, Santana, y ya no a base de protectorado sino de descarada anexión, la entrega a España.

A esta sazón Duarte vivía en Venezuela. Enfermo va a su patria a ofrendarse de nuevo, pero el gobierno dominicano de Santiago lo despacha para este país con un encargo especial. Ignoro el fallo que dara la Historia para este alejamiento del Padre de la Patria del seno de los acontecimientos y por parte de su propio gobierno, pero no es bueno avanzar prejuicios. Duarte, entonces, se queda definitivamente en Venezuela. Deambula algún tiempo por el interior y viene a Caracas donde muere el 15 de julio de 1876, como llevo dicho ya, en la tranquila parroquia de Santa Rosalia, calle abajo de la misma donde está la casa en que naciera el Libertador Simón Bolívar.

La vida de Juan Pablo Duarte en Venezuela es la consecuencia de su gran desilusión. La trágica desilusión de todos los grandes que forjan fantasías como si fuesen ciclópeas estatuas que el común de la gente no pudiese prácticamente comprenderla con su vista en su totalidad. El dolor de Duarte a orillas del Orinoco y en su casita de Santa Rosalia es el dolor de Bolívar a orillas del Caribe y en la casa de San Pedro Alejandrino. Es el dolor de San Martín alejado en playas extranjeras rumiando el fracaso de su empresa personal. Se alejó de la Patria, Duarte, y llevó a las selvas venezolanas la virginidad de sus ideales. No claudicó nunca de ellos. Nunca cejó. Nunca los manchó. Pudo alternar, o altercar, en la política diaria, y no lo hizo. Pero no fue por débil, sino todo lo contrario, por fuerte, porque tenía carácter, el que se necesita para seguir siendo siempre igual a sí mismo, a pesar de los embates. Quizá si en Duarte, sin darse cuenta exacta, en el fondo de su subconciencia había el sublime orgullo, la noble vanidad de sentirse el Fundador, el Padre de la Patria. No podía, pues, por ningún concepto, descender a las contiendas de hermanos contra hermanos, él, que había sido Padre y Maestro. No iba a enlodar su conciencia en ese infierno de pasiones de los hombres, él, que era impetuoso. El humo de la guerrilla en la manigua que mata y destroza las propias fuerzas de la patria, no había de asfixiarlo, a él, que



respiraba patriotismo grande. La discusión vana, huera, pretenciosa y a las veces mal intencionada de los congresos de la época, no había de tergiversar la tranquilidad de su mente y el tono de su palabra, él, que había siempre pensado recto y hablado con pureza. Se alejó para siempre de la República, y aquel cúmulo de ideas sin cristalizar, de aspiraciones sin cumplir, de pensamientos sin externar, se quedaron allá en el fondo de su grande espíritu, y Duarte fué en las llanuras y los bosques venezolanos, a orillas del correntoso Orinoco, extra-

ña flor de excepticismo. Su vida fue la de un ermitaño, la de un misántropo tocado de filósofo y de místico a fuerza de sufrir y de sentir. El quiso entregarse en cuerpo y alma a la Patria, ser un sacerdote oficiante en sus altares. En las postrimerias de su vida no sabía como canalizar este sentimiento alto, si dándose a la Iglesia y estar mas cerca de Dios, o dándose a la contemplación muda de la naturaleza, o a la impávida y triste contemplación de la fatal derrota de todos sus ideales, sus ensueños e ilusiones.

CUBA Y QUISQUEYA

Investidura del Maestro Fed. Henríquez y Carvajal como
GRAN AMIGO DE CUBA.

CARLOS MENDIETA Y MONTEFUR

Presidente Provisional de la
República de Cuba

Señor:

Como fiel testimonio del agradecimiento de la República de Cuba por los eminentes servicios que le prestó usted en las luchas sostenidas para obtener su independencia nacional, acordó el Congreso crear una medalla de oro para honrarle como distinguido prócer de nuestra revolución emancipadora.

En cumplimiento de la citada decisión me es singularmente grato el enviar a usted tanto la aludida medalla, como copia de la Ley del Congreso a que acabo de referirme, y expresarle mis más efusivas felicitaciones por el honor de que tan justamente ha sido objeto.

Aprovecho esta oportuna para ofrecer a usted el testimonio de mi más alta y distinguida consideración.

Dada en la Habana, Palacio de la Presidencia, a 27 de Noviembre de 1934.

Carlos Mendieta (L. S.)

Al Señor Federico Henríquez y Carvajal
Santo Domingo, República Dominicana.

FEDERICO HENRÍQUEZ I CARVAJAL
Gran Amigo de Cuba

Señor:

Tengo recibida la carta autógrafa—fecha el 27 de Noviembre de 1934 —con la cual os habeis servido enviarme los documentos expedidos por ambas Cámaras colegiadoras, en honra mía, por iniciativa de los veteranos i los ediles de Santiago i a solicitud de diversas instituciones oficiales i sociales de la Provincia de Oriente, para atribuirme la dignidad de Prócer cubano i el cívico galardón de GRAN AMIGO DE CUBA.

Ese mensaje de honor, con la blasonada medalla i la lei dictada por el Congreso—credenciales de la investidura honorífica que tanto me enaltece i honra—fuéronme entregados por el Cónsul, comisionado especial de la Cancillería de Cuba, en mi hogar i bajo la egida del busto de Martí, el día 28 de Enero, natalicio del Apóstol que fué para mí un hermano.

Os agradezco, cordialmente, las felicitaciones efusivas que me ofreceis, por la distinción nacional de que he sido objeto, i aprovecho la ocasión, a mi turno, para renovar una vez más la ofrenda de mi amor i la protesta de mi adhesión a Cuba, siempre libre i soberana, i para ofrecerles el testimonio de mi distinguida consideración dominico-cubana.

Ciudad Primada, el 25 de Marzo de 1935

Fed. Henríquez i Carvajal

Al Señor Carlos Mendieta i Montefur,
Presidente de la República de Cuba.

La Habana. Cuba.

